

D. EFRAÍN HERNÁNDEZ YANES

25/9/1960 - 8/11/2001

Guillermo Delgado Castro

(Miembro de la Asociación)

Conoci a Efraín por pura casualidad. Fue en la primavera de 1984, en el bosque cercano a El Moquinal, cuando daba mis primeros pasos, torpes por cierto, en un estudio sobre el gavilán.

Aquel encuentro inesperado iba a ser el preludio de una loca afición compartida que después cuajó en una sana amistad. En el verano de ese mismo año nuestra relación se estrechó al visitar con él y varios miembros del Departamento de Zoología de la Universidad de La Laguna, los roques de Anaga, en el norte de Tenerife. Aquello marcó el inicio de un largo trabajo sobre aves marinas de Canarias, hasta entonces un mundo desconocido para mí, que me cautivó muchos años y nos mantuvo bastante unidos otros tantos.

Fueron muchos días y muchas noches de charlas y risas, a veces pelados de frío junto a las redes que montábamos para anillar en los roques de Anaga o los islotes de Lanzarote. Y de bonitas caminatas buscando halcones de Berbería, desde que en 1991 los descubriéramos nidificando en Tenerife y nos dejaron sumidos en un hechizo del que todavía hoy no me he podido librar.

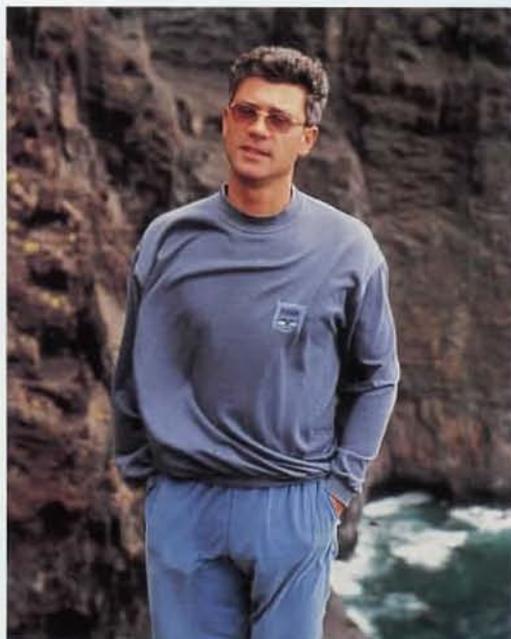
Y un sinfín de anécdotas, demasiadas para relatarlas ahora, pero rebuscando en mi memoria me vienen algunas divertidas. En junio de 1984, después de un inolvidable trayecto en un viejo y tosco Land-Rover por la pista forestal que unía Barlovento con Garafía, nuestros maltrechos cuerpos descubrieron una pequeña colonia de charranes comunes en los Roques de Garafía. El hallazgo merecía repetir la visita, y lo hicimos, pero desde Los Llanos y en coche de alquiler, un lujo por aquel entonces casi fuera del alcance de nuestros bolsillos. Dejamos el vehículo junto al cementerio de Garafía y bajamos caminando para no arriesgarnos a que se estropeará. A la vuelta comprobamos que estaba averiado; se había dañado la varilla de transmisión con la marcha tercera puesta. Y así fuimos, lanzados, hasta Los Llanos, sacando la cabeza en cada curva por si venía alguien. Fue una temeridad, pero nos estuvimos riendo mucho tiempo. Al de la agencia de alquiler no le hizo tanta gracia. En mayo de 1993, mientras realizábamos el atlas de aves de la Caldera de Taburiente, caminábamos junto a Pepe Moreno (amigo y ornitólogo) por un cómodo sendero hasta que la cosa se fue complicando; llegamos a un punto cercano a Lomo Cumplido en que Efraín no lo vio muy claro (cosa que le suce-

día a menudo) y se negó a seguir. Pepe y yo lo cruzamos varias veces para convencerle de que era fácil, pero no hubo forma. Después de un buen rato decidimos bajar hasta las casas de Taburiente y regresar a buscarle con una cuerda. Cuando nos disponíamos a partir apareció sano y salvo. Nunca supe muy bien qué le había empujado a dar el salto.

Aprendí muchas cosas de un carácter tan particular como el de Efraín. Admiré su rigor en todo lo que hacía, su notable conocimiento sobre flora canaria, su paciencia para buscar el encuadre de una foto (sólo superado con creces por nuestro común amigo Juan Sergio Socorro), y su tesón para navegar en lo que para él fue siempre un mundo plagado de mediocres y cortos de miras.

Creo que su afición por la naturaleza la tuvo desde siempre. En la década de 1980 colaboró con varios informes para el Servicio Provincial del Icona, a la vez que trabajaba para la Dirección General de Juventud. Pero su actividad profesional relacionada directamente con la conservación de la naturaleza se remonta a julio de 1986 con la ahora Viceconsejería de Medio Ambiente del Gobierno de Canarias, desempeñando funciones de educador ambiental.

Aunque no era biólogo, gran parte de su vida discurrió cercano a colectivos de biólogos vinculados a diferentes instituciones. Pienso sinceramente que no le hacía mucha falta porque supo ganarse a pulso un merecido respeto y reconocimiento entre la comunidad científica de Canarias. Siempre tuvo una mente inquieta; no sólo derrochaba rigor, capacidad de trabajo y dedicación en todo lo que hacía; tenía además ilusión y esa pizca de intuición de campo siempre necesaria. Así adquirió un conocimiento envidiable sobre fauna y flora de Canarias, plasmados en sus muchos e interesantes



informes, trabajos científicos y divulgativos, que incluyen desde aves marinas hasta lagartos gigantes, pasando por rapaces, flora amenazada, y un largo etcétera; y seguramente otras que se quedaron en el tintero.

Compartí con Efraín una etapa larga y muy bonita de mi vida, casi la mitad de los años que tengo ahora, y nuestra amistad, con altibajos como todas, nunca se apagó. No recuerdo bien quién dijo una vez que un amigo es alguien que lo sabe todo sobre usted y, sin embargo, le sigue apreciando. Con él siempre fue así.

Me quedo con muchos recuerdos y el enorme vacío de una ausencia inesperada de quien siempre se sintió fascinado por la vida. Y no me sonrojo lo más mínimo si les digo que lo echo de menos. Hace unas semanas descubrí un nido de gavián con dos pollos preciosos en un pequeño bosque cercano a La Esperanza, y me vino a la cabeza aquella primavera juvenil del 84. Creo que para mí nada volverá a ser igual. Hasta siempre Efraín. ●